

# El *cogito* como problema psicológico: anticipos en la Filosofía Antigua Variantes pre y post cartesianas

Jorge Bianchi

Universidad Nacional de Tucumán

El hallazgo de Descartes en la búsqueda de un conocimiento seguro para fundamentar su filosofía quedó sintetizado en dos aforismos: *je pense, donc je suis*, y *je suis une chose qui pense*. Es decir, 'pienso, luego existo', y 'yo soy una cosa que piensa'. La traducción latina *cogito, ergo sum*, reducida simplemente al *cogito*, representa la tesis de Descartes que da pie a estas reflexiones. Se lee dicha tesis en la cuarta parte del *Discurso del método*.<sup>1</sup> Conviene tener en cuenta que en la segunda parte afirma: "No se puede imaginar nada tan peregrino y poco creíble que no haya sido dicho por algún filósofo".<sup>2</sup>

Varios amigos de Descartes le advierten que, implícitamente, san Agustín ya se había ocupado del *cogito* mil doscientos años antes: en los *Soliloquios*, en *La ciudad de Dios*,<sup>3</sup> en *La Trinidad*,<sup>4</sup> en *El libre albedrío*.<sup>5</sup> Descartes contesta: "No me parece que san Agustín lo use en el mismo sentido que yo".<sup>6</sup>

Surgen aquí varias preguntas que intentaré responder: ¿Existe algún otro filósofo, anterior a san Agustín, que también haya mencionado el *cogito*? ¿Significa lo mismo la palabra *cogito* en diferentes autores? ¿Se presentan otros

---

<sup>1</sup> Descartes, R. *Discurso del método*. Trad. de J. Rovira Armengol. Buenos Aires: Losada, 2004, p.104.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, p. 86.

<sup>3</sup> San Agustín. *La Ciudad de Dios*, lib. XI, cap. 26.

<sup>4</sup> San Agustín. *La Trinidad*, lib. X, cap. 10, n. 12.

<sup>5</sup> San Agustín. *El libre albedrío*, lib. II, cap. 3, n. 7.

<sup>6</sup> Gilson, É. *Études sur le rôle de la pensée médiévale dans la formation du système cartésien*. Paris, Vrin, 1975, p. 191.

términos como alternativas del *cogito*? Las respuestas conducen a una interpretación psicológica del tema.

### **Aristóteles y el *cogito***

Mondolfo, en *La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua*,<sup>7</sup> tiene un capítulo titulado “La actividad sintética del sujeto reconocida como condición del conocimiento”. En ese capítulo se refiere expresamente al “*cogito ergo sum*” a propósito de la psicología de Aristóteles, cuando éste señala “la identidad entre la autoconciencia y la existencia del sujeto”.<sup>8</sup> Continúa Mondolfo: “Sea que uno se sienta a sí mismo o sienta otra cosa, siempre se siente igualmente a sí mismo, lo cual es sentir que uno existe”, y agrega “*sentio ergo sum*”.<sup>9</sup> Se ligan estas palabras con las siguientes de Diego Pró: “En el ‘yo siento’ (sentir) está implicado el ‘yo pienso’ (cogito). Porque sentir supone, para Aristóteles, la actividad sintética, discriminadora del sentido común, y esa actividad es la actividad de la conciencia e implica la unidad de la misma”.<sup>10</sup> De lo dicho sobre Aristóteles se puede subrayar lo siguiente: a) hubo un filósofo anterior a san Agustín que anticipó el *cogito*; b) se presenta el sentir como alternativa verbal del *cogito*; c) pensar y sentir parecen corresponder a diferentes formas de intuición; d) la unidad de la conciencia está implicada por su *actividad* sintética.

### **San Agustín y el *cogito***

Los *Soliloquios* de san Agustín tienen forma dialogada. Los interlocutores son R y A (Razón y Agustín). En el segundo libro de los *Soliloquios* se narra el siguiente diálogo:

R.- Tú que deseas conocerte, ¿sabes que existes?

A.- Lo sé.

R.- ¿De dónde lo sabes?

A.- No lo sé.

---

<sup>7</sup> Mondolfo, R. *La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua*. Buenos Aires: EUDEBA, 1979.

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 213 y sig.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 216.

<sup>10</sup> Pró, D. “El sujeto humano en la filosofía de Aristóteles”. En *Actas del Primer Congreso Argentino de Psicología*, Vol. I. Tucumán-Salta, Universidad Nacional de Tucumán, 1955, pp. 125-140.

R.- ¿Eres un ser simple o compuesto?

A.- No lo sé.

R.- ¿Sabes que te mueves?

A.- No lo sé.

R.- ¿Sabes que piensas?

A.- Lo sé.

R.- Luego es verdad que piensas.

A.- Ciertamente.<sup>11</sup>

Aquí Agustín responde afirmativamente sólo cuando se pregunta si *existe* y si *piensa*. Evidentemente no es un anticipo del *cogito*, es el *cogito*. Pero ¿es el cartesiano?

En *La Ciudad de Dios*, san Agustín afirma: “Nosotros somos y conocemos que somos y amamos nuestro ser y conocimiento”. Los académicos podrían preguntarle: “¿qué, si te engañas?” Responde: “Si me engaño, soy”. Luego dice: “Conozco que soy y conozco igualmente que me conozco”. “Y cuando amo estas dos cosas, este mismo amor es como un tercero... porque no me engaño en que amo”.<sup>12</sup>

Son suficientes estas citas para reconocer el *cogito* y dos de sus variantes: en el primer trozo aparece el verbo pensar; en el segundo se reconoce el *si fallor, sum* y el “amo, luego existo”, que también será mencionado.

No siempre se ha justificado a Descartes por omitir el antecedente agustiniano de su pensamiento. Sin embargo, es oportuno mencionar la opinión de Bertrand Russell al respecto:

San Agustín anticipó un argumento estrechamente parecido al del *cogito*. Sin embargo, no le concedió preeminencia, y el problema que con él trataba de resolver ocupó sólo una pequeña parte de sus pensamientos. La originalidad de Descartes, por lo tanto, debe admitirse, aunque consista menos en haber inventado el argumento que en darse cuenta de su importancia.<sup>13</sup>

---

<sup>11</sup> San Agustín. *Soliloquios*, II, 1,1.

<sup>12</sup> San Agustín. *La Ciudad de Dios*, lib. XI, cap. 26.

<sup>13</sup> Russell, B. *Historia de la filosofía occidental*, T. II, p. 183.

### Descartes y el *cogito*

Cuando Descartes completó sus estudios formales decidió buscar la verdad en sí mismo o en el gran libro del mundo.<sup>14</sup> La primera opción lo condujo al *cogito*. Se puede resumir su búsqueda en los siguientes puntos:

- a) Planteó el *problema* del error o de la mera verosimilitud de los conocimientos adquiridos en la escuela o en los libros; por ejemplo, había aprendido que la tierra es el centro del universo.
- b) Formuló el *objetivo* de encontrar un conocimiento inconcuso que sirviera de fundamento para construir “una ciencia universal que pueda elevar nuestra naturaleza a su más alto grado de perfección”.<sup>15</sup>
- c) Adoptó como *método* la duda: dudó de la información proveniente de los sentidos o de la imaginación, y de toda proposición supuestamente verdadera, mientras no tuviese la prueba de la verdad.
- d) Su *criterio de verdad* fue la percepción clara y distinta.<sup>16</sup>
- e) Encontró la solución en sí mismo. El *cogito* connota “yo existo”; ésta es su apodicticidad. La explicación de su esencia (“yo soy una cosa que piensa”) es la adecuación o consistencia, donde se ubica el núcleo del problema hermenéutico de la metafísica de la subjetividad. Hay que destacar dos notas del *cogito*: por una parte, se trata de una intuición, no de un razonamiento, no obstante su forma de entimema; por otro lado ‘pensamiento’ tiene una acepción genérica: significa todo lo que nos ocurre cuando estamos conscientes: una cosa que piensa es una cosa que duda, que entiende, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que imagina, que siente.<sup>17</sup>
- f) A partir del *cogito* Descartes demuestra deductivamente la existencia de Dios y del mundo.

En compendio, el *cogito* cartesiano sintetiza las respuestas de Descartes a las preguntas metafísicas básicas: ¿quién existe? y ¿en qué consiste aquello que existe? “Yo existo” y “yo soy una cosa que piensa”. Conviene retener principalmente las dos notas contenidas en el punto e): el *cogito* tiene un sentido genérico, por una parte, y corresponde a una intuición (intelectual en este caso) por la otra.

---

<sup>14</sup> Descartes, R. *Op. cit.*, p. 78.

<sup>15</sup> Descartes, R. “Carta a Mersenne”, marzo de 1636, citado por J. Hirschberger, *Historia de la filosofía*. Barcelona: Herder, 1997, T. II, p. 34.

<sup>16</sup> Descartes, R. *Meditaciones metafísicas*. Madrid: Gredos, 1997, Med. III, 2, p. 31.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, Med. II, 7, p. 25.

**Maine de Biran: *volò ergo sum*.**

Se puede esquematizar la evolución del pensamiento de Maine de Biran, filósofo francés que vivió en los siglos XVIII y XIX, a partir de la influencia que tuvo para él el sensualismo de Condillac (versión francesa del empirismo británico) y la llamada 'Ideología' de Destutt de Tracy y otros pensadores que pusieron énfasis en el estudio del origen de las ideas. Basado en esos marcos teóricos, Maine de Biran comenzó a preparar una memoria sobre la descomposición del pensamiento. Cuando el trabajo estaba casi terminado falleció su esposa. El estado de postración en que quedó le hizo abandonar la conclusión del escrito. Dos años después, en 1804, decidió volver a la tarea, pero al revisar sus notas constató que se había producido una 'revolución total' en sus ideas. Le escribió a un amigo: "No me comprendo más; es necesario que aprenda de nuevo lo que sabía". Azouvi, que cita estas palabras, agrega: "Ha nacido el biranismo".<sup>18</sup>

Maine de Biran emprende su propia búsqueda para encontrar la fundamentación de la ciencia. Su anterior orientación empirista lo lleva a iniciarla por el camino de la psicología. Se pregunta: ¿Cuál es el hecho primitivo del conocimiento científico? La primera hipótesis es propia del sensualismo: 'El hecho primitivo es la sensación'. Pero rechaza *in limine* esta respuesta porque la sensación no es un hecho. ¿Qué es, pues, un hecho? Un hecho es un objeto de conocimiento en tanto es conocido por alguien. Entonces, el hecho primitivo no es la sensación sino la 'idea' de la sensación (aquí aparece la influencia de los ideólogos), que se da cuando la impresión sensible y la individualidad personal del yo convergen.

La idea de la sensación supone una dualidad, una coexistencia de sujeto-objeto, pero con una complicación: el yo (sujeto) tiene una función doble; por una parte, en el acto de conocimiento el yo se refiere a un objeto; por otro lado, en el objeto también está el yo, puesto que en cuanto percibido el objeto no es neutral y externo, sino que ya es una versión subjetiva del objeto. Ésta es la dualidad primitiva. Pero aunque el yo y el objeto sean inseparables de la dualidad primitiva, los objetos de los sentidos externos que se ligan con el yo dan cuenta de hechos particulares, no del hecho primitivo. ¿Qué clase de sentido es el que corresponde al hecho primitivo? La respuesta es: el sentido íntimo, que consiste en un sentimiento de fuerza inseparable de la actividad que se da en nuestra existencia. El yo, como fuerza actuante, es voluntad que

---

<sup>18</sup> Azouvi, F. *Maine de Biran, la science de l'homme*. Paris, Vrin, 1995, p.71.

se ejerce sobre un término que ofrece resistencia. El hecho primitivo consiste en la relación entre el yo=fuerza y el término=resistencia. El hecho primitivo es el esfuerzo y corresponde al sentido íntimo. Es decir, el hecho primitivo se encuentra en la dinámica del querer. Éste es el *volo, ergo sum*. Aparte de que corresponde a una intuición volitiva, no es ninguna sustancia; por eso, para Maine de Biran, “yo no soy una cosa que piensa”.

Maine de Biran coincide con Descartes en buscar en sí mismo las respuestas a los problemas de la existencia y de la esencia. También en hallar la existencia en la apercepción. Pero el primero la encuentra al apercibirse del esfuerzo que efectúa para lograr lo que quiere; por eso el *volo* en lugar del *cogito*. Porque –dice Biran– ‘sólo soy cuando yo-me-esfuerzo-ante-un-objeto-resistente’.

### **Benjamín Aybar: *amo ergo sum***

Aybar nació en Tucumán, en 1896. Como filósofo escribió tres libros. En el primero de ellos, *El realismo intuitivo*, comienza analizando el término *intuición*. Lo caracteriza por la inmediatez del objeto, la singularidad, la actualidad, la simplicidad, la totalidad y la evidencia. La intuición es prelógica y alógica, es decir, no es inferencial. La unión espiritual entre sujeto y objeto “se establece sin posibilidad de dudas. No tiene sentido hablar de error o falsedad”.<sup>19</sup> La importancia que Aybar atribuye a la intuición lo lleva a enmendar el principio empirista, que ahora dice: “Nada hay en el intelecto que antes no haya estado en los sentidos, o bien en la intuición”.<sup>20</sup> Pero la intuición –subraya– “sólo me da *mi realidad*”.<sup>21</sup>

En su segundo libro, titulado *La ontología del alma*, Aybar hace notar que la intuición del alma es “un tender y un querer”.<sup>22</sup> Y agrega: “Esta estructura tendencial que en síntesis es amor la encuentra el intelecto antes, con prioridad de razón, de su primer acto de afirmación del yo, y la ve claramente con características emocionales que trascienden su esfera especulativa... Al contemplar esta realidad de amor, el intelecto la expresa diciendo *Amo ergo sum*”.<sup>23</sup> Con

---

<sup>19</sup> Aybar, B. *El realismo intuitivo*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, 1954, p. 19.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 9.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, p. 17.

<sup>22</sup> Aybar, B. *La ontología del alma*. Tucumán, Consejo Provincial de Difusión Cultural, 1966, p. 7.

<sup>23</sup> *Ibíd.*

esto tenemos el *amo* como alternativa del *cogito*. Nuevamente la biografía del autor, que es la fuente de la modalidad del *cogito* que encuentra en la intuición, se revela de varios modos; uno de ellos es la dedicatoria del libro. Dice Aybar: “Dedico esta obra a la memoria de mi esposa, a mis hijos y a mis nietos, que, en la paz de un hogar cristiano, hicieron despertar en mí la intuición del dinamismo ontológico del alma: el Amor”.<sup>24</sup> Si aquí recordamos el “no me engaño en que amo” de *La Ciudad de Dios*, vemos que también en esta forma del *cogito* se anticipó san Agustín.

### **Mauricio Abadi: deseo, luego existo**

Médico y psicoanalista, Abadi es autor de un libro de carácter autobiográfico, surgido de conversaciones con una colega. Se titula *Deseo, luego existo*. No sorprende que el sexo y el erotismo tengan una presencia relevante, tanto en su vida personal como en la profesional. Sin embargo, interesa considerar ahora otra faceta de su personalidad. Dice Abadi: “Yo tuve en mi vida tres grandes pasiones: las mujeres, los libros y los idiomas”.<sup>25</sup> Ya que el autor es un políglota desde la infancia (nació en Siria, creció en Italia, estudió en Argentina, aprendió lenguas clásicas y modernas), y teniendo en cuenta que el problema del *cogito* incluye aspectos semánticos y hermenéuticos, resulta pertinente la opinión de un apasionado por los idiomas.

Para Abadi el lenguaje como medio de información “debe ser algo más que la transmisión de un saber. Debe estar recorrido por una especie de corriente eléctrica, que es el amor”.<sup>26</sup> Además, siendo el lenguaje algo más que palabras, requiere “lo más importante que un ser humano tiene adentro y que es su vínculo con la propia lengua”.<sup>27</sup> Ahora bien, la propia lengua de Abadi es el idioma de su infancia, niñez y adolescencia: el italiano. Viviendo en Buenos Aires le llevó muchos años acercar la distancia significativa del italiano a la del castellano. En el fondo, alude a la intraducibilidad de las palabras de una lengua a otra. A propósito del *cogito*, ¿dicen lo mismo Descartes, que lo escribió en francés, y san Agustín, que hablaba y escribía en latín? ¿Es idéntico el *cogito* a nuestro ‘pienso’?

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 3.

<sup>25</sup> Abadi, M. *Deseo, luego existo*. Buenos Aires, Temas de Hoy, 1994, p. 35.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 40.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 93.

## Conclusiones

Si los pensamientos de los filósofos considerados se clasificaran al modo de una encuesta, se podría efectuar la siguiente descripción:

1. Todos los filósofos declaran su existencia (yo soy) a partir de un *verbo* expresado en primera persona del singular: yo pienso, yo amo, etc.
2. Aunque el verbo sea diferente, cada uno reconoce la propia *actividad* sintética de su conciencia.
3. Según cual sea la alternativa verbal que da pie a la existencia, se puede distinguir el tipo de intuición del filósofo: intuición intelectual en Descartes, emotiva en san Agustín, volitiva en Maine de Biran.
4. Según cual sea la autobiografía narrada, el *cogito* representa una proyección de la personalidad del filósofo.

La descripción precedente sugiere la posibilidad de distinguir tres sentidos en la expresión del *cogito*:

- § Sentido genérico. Por medio del *cogito* cada filósofo reconoce su propia existencia.
- § Sentido específico. Por medio del verbo que utiliza, cada filósofo pone de manifiesto el tipo de intuición que en él predomina.
- § Sentido individual. Por medio del proceso vital narrado en su autobiografía, que lo condujo a *su cogito*, cada filósofo da cuenta de quién es: su personalidad, su circunstancia.

Se podrían sintetizar estas ideas de modo aforístico:

1. Dime cual es tu *cogito* y te diré dos cosas: que existes y qué tipo de hombre eres.
2. Cuéntame tu biografía y te diré cual es tu *cogito*.

La distinción de los diferentes sentidos de la palabra permitiría aportar al debate sobre la prioridad, a propósito Descartes y de san Agustín. En sentido genérico tiene prioridad san Agustín sobre Descartes, pero no sobre Aristóteles. En sentido específico se diferencian por su *tipo* de intuición. En sentido individual el *cogito* de cada filósofo es único. Y más allá del problema de la prioridad, quedan abiertos otros enfoques para el estudio del *cogito*. Uno de ellos es el de la filosofía del lenguaje.